



NANCY
Doctora en
gitanería

Ramón J. Sender

El núcleo de la historia lo ocupa la transcripción del proyecto doctoral de Nancy, muy influido por Borrow —lo cita continuamente— y titulado *El gitano como entidad frenética. Percepciones internas*.

Tras su estancia en Sevilla, Nancy regresa a los Estados Unidos, requerida de amores por su primer novio, Richard, y con afán doctoral. Lee su tesis sobre los gitanos ante un tribunal en el que están los profesores Blacksen, de origen finlandés, catedrático de Antropología, y Sender. Por supuesto, los profesores son un desdoblamiento de la personalidad del autor, que, por estos años, está enormemente preocupado por las cuestiones antropológicas, filológicas y de los orígenes de la humanidad. Como su alumna.

Aunque varían peripecia y tono, se mantiene la intención de fondo de la entrega anterior: la crítica cordial y bien intencionada a España (y al conocimiento superfluo que de ella tienen los americanos), llena de la melancolía de un peregrino que la desea diferente —tolerante, nueva, plural— y la anhela tal cual es, brutal y mágica. A su vez, nos presenta Sender el ambiente universitario norteamericano con una técnica de contraste.

Presentación

Ramón J. Sender nació el año 1901 en Chalamera, provincia de Huesca. Su padre, secretario del ayuntamiento, y su madre, maestra nacional, eran de Alcolea de Cinca —pueblo que en casi todas las biografías del escritor figura equivocadamente como su lugar de nacimiento—, adonde volvieron cuando el niño tenía un año de edad. Poco después fijaron su residencia en Tauste, cerca de Zaragoza. En este pueblo, y más tarde en Reus, cursó estudios de bachillerato, que continuó en el Instituto de Zaragoza y terminó en Alcañiz (Teruel). En los dos primeros volúmenes de Crónica del alba recuerda sus circunstancias familiares y las peripecias de sus años infantiles.

A los diecisiete años se fugó de su casa. «Había peleado con mi padre y me escapé de casa —cuenta en sus conversaciones con Marcelino Peñuelas 1—. Y desde el mes de marzo de 1918 hasta mayo o junio estuve sin domicilio en Madrid. Dormía en el Retiro, en un banco. Toda mi hacienda consistía en un peine y un cepillo de dientes...». A tan temprana edad comenzó a publicar sus primeros trabajos literarios en los periódicos de Madrid. Con el producto de aquellas colaboraciones logró subsistir. Consiguió un empleo en una farmacia y comenzó sus estudios universitarios, que no llegó a terminar, en la Facultad de Filosofía y Letras. Su padre le reclamó y le obligó a volver a Huesca, donde dirigió un periódico diario, «La Tierra», órgano de la Asociación de Labradores y Ganaderos del Alto Aragón, de la que su padre era director gerente.

Al llegar a la edad militar, en 1922, ingresó en el ejército y fue destinado a Marruecos. Terminó la campaña con el grado de alférez de complemento. Su primera novela, Imán,

refleja sus experiencias de aquella guerra. Al licenciarse, en 1924, vuelve a Madrid e ingresa en la redacción de «El Sol», periódico de gran prestigio intelectual. Abandonará este diario, al cabo de seis años, para colaborar en publicaciones de signo anarquista. Su actuación revolucionaria le llevó a la cárcel modelo de Madrid, en 1927, bajo la dictadura de Primo de Rivera. En los primeros años de la República hizo un viaje a Rusia y a su regreso se alejó de los grupos anarquistas, a los que achacaba falta de sentido práctico, para acercarse al comunismo, sin llegar a inscribirse nunca en el partido. A los pocos meses de estallar la guerra civil se siente incompatible con los procedimientos comunistas y su discrepancia radical le expone a ser eliminado por los agentes de Stalin en España en una de las purgas ordenadas por el zar rojo.

Aparte sus colaboraciones en los periódicos, Sender publicó, antes de 1936, los siguientes libros: *Imán* (1930), *Siete domingos rojos* (1932), *Viaje a la aldea del crimen* (1934), *Mr. Witt en el cantón* (1933), que obtuvo el Premio Nacional de Literatura; *El verbo se hizo sexo* (1931), *O. P.* (1931) y *La noche de las cien cabezas* (1934).

Al terminar la contienda civil, en 1939, Sender abandona España y se refugia en Méjico. En 1942 se trasladó en Estados Unidos, donde sigue residiendo en la actualidad. En estos últimos años trabajó como profesor de Literatura Española en varias universidades de Estados Unidos y dio a la estampa una copiosa producción literaria, que le acredita como uno de los mejores y más fecundos novelistas españoles contemporáneos. En tan dilatado período se afirma su condición de español. «La emigración —dice— ha idealizado en mí las raíces españolas. Por eso a veces me da miedo volver a España, porque estoy enamorado de España, como todo español emigrado. Y si vuelve uno y tiene que rectificar otra vez, se pasa uno la vida rectificando, y a

mi edad ya las frustraciones o las decepciones duelen un poco».

En el citado libro de Marcelino Peñuelas, cuya lectura es indispensable para conocer la vida, la obra y el pensamiento del gran escritor aragonés, su autor presenta una clasificación de la obra literaria de aquel, que alcanza una cifra superior a los treinta volúmenes, y su solo enunciado nos revela la riqueza, la variedad y las múltiples proyecciones de la creación senderiana en los campos del saber, de la curiosidad intelectual y de las técnicas literarias. Clasifica Peñuelas los libros de Sender en siete grupos: 1.) Narraciones «realistas» con implicaciones sociales. 2.) Alegóricas, con intención satírica, filosófica o mágica. 3.) Alegórico-realistas, con fusión de los dos grupos anteriores. 4.) Históricas. 5.) Autobiográficas. 6.) Cuentos. 7.) Narraciones misceláneas. En este último grupo incluye La tesis de Nancy, a la que califica de «humorística, intrascendente, la única de este tono en toda su obra».

La singularidad de esta novela en el conjunto de la obra de Sender debió de merecer de la perspicacia del agudo comentarista un juicio más detenido. La tesis de Nancy es ciertamente una novela divertida y el lector de Sender puede creer, en una consideración superficial, que el novelista no se propuso, al escribirla, otra cosa que realizar un ejercicio literario para su propio recreo. Pero esta impresión es falsa. Es el caso que Sender se encariñó con el tema, mejor dicho, con su criatura, Nancy, hasta el punto de que nos ofrece ahora en esta nueva novela, Nancy, doctora en gitanería, una segunda parte de las aventuras de la joven universitaria norteamericana y nos anuncia una tercera parte, con la cual dará fin a una trilogía con la misma simpática protagonista. ¿Insistiría en el tema si estuviese convencido de su intrascendencia? ¿O es que se ha impuesto el personaje a su creador para exigirle pirandelianamente la continuación del relato de su vida? ¿Por qué el público se ha

sentido particularmente atraído por las peripecias de Nancy en España, agotando las ediciones de la novela que las relata? Estamos, pues, ante una obra llena de vida y de humor, una verdadera creación literaria que no desmerece al lado de las grandes novelas de la producción de nuestro autor.

«La tesis de Nancy —decíamos en el prólogo de esta novela— es una novela epistolar. Nancy, formal estudiante de lenguas románicas, pasa un año en Alcalá de Guadaíra con el propósito de componer allí su tesis doctoral. Puntualmente, sus experiencias andaluzas son transmitidas por carta a su prima Betsy, de Pensilvania. Nancy es una chica americana, semejante a cientos de miles de chicas americanas, cuyo viaje a Europa es probablemente el primer —quizá el único— episodio “perturbador” de su vida». Y añadíamos más adelante: «Las cartas de Nancy están escritas con el asombro, la curiosidad, la admiración y el desprecio que suele producir lo desconocido. ¿Es la imagen que se forma Nancy la que necesariamente proyecta España —una España atávica, difícilmente comprensible— a los ojos de la joven de América? El libro de Sender acaso no pretenda llegar tan lejos».

De lo que no cabe duda es de que Nancy es un personaje plenamente logrado, una verdadera creación artística, llena de vida, y de su condición como tipo representativo de una generación de muchachas americanas, nos advierte el propio Sender en las líneas de presentación de su personaje: «Yo no he hablado nunca con la prima de Betsy, aunque la he visto muchas veces en los partidos de fútbol, donde suele actuar de “cheer leader”, es decir, de conductora de las voces en masa con las que el público anima a su equipo favorito. (...) No pierdo detalle de lo que hacen esas encantadoras muchachas vestidas de rojo, que se sitúan frente a la galería y gritan, giran sobre los talones, se ponen las manos en las caderas, inclinan la cabeza a un lado u otro, se

arrodillan haciendo volar graciosamente su falda y llevan a cabo cada una de ellas y todas juntas un verdadero "ballet" con la colaboración fogosa de veinte mil amables ciudadanos».

Nancy, doctora en gitanería es la segunda parte de La tesis de Nancy. Después de su estancia en España, Nancy regresa a los Estados Unidos y presenta su tesis sobre los gitanos. Es a esta segunda novela a la que mejor convenía el título que lleva la primera. Sender mantiene el tono humorístico, en el que late una crítica cordial del concepto que de España se forma la mentalidad americana. El novelista no hace sociología, pero sí se complace en ofrecernos, por transparencia, una imagen del espíritu americano contemplado en el ambiente universitario. Usa en esta novela un procedimiento que podríamos llamar «técnica de contrastes». Las situaciones surgen de los enfrentamientos de la muchacha americana, de su concepción un tanto simplista de la vida, con una realidad española para ella imprevisible: las costumbres y el lenguaje de los españoles.

El humor de Sender destila en ocasiones, sobre todo al final de la novela, una incontenible melancolía. El lector se imagina que los dos profesores con los que se relaciona Nancy a propósito de su tesis —el profesor Sender y el profesor Blacksen— son el desdoblamiento de una misma personalidad o la doble encarnación de un estado de ánimo. Al fin y al cabo, el humor profundo acaba por desenmascarse a sí mismo. Acaba por confesar, como decía Beaumarchais en cita que Sender reproduce en La tesis de Nancy:

*«Je me presse de rire de tout,
de peur d'être obligé d'en pleurer».*

Prefacio para orientarse

Blacksen era de origen europeo (finlandés) y buscaba compensaciones para su soledad de emigrado. Las hallaba leyendo y enseñando filosofía, pero de un modo lo menos académico posible. Como profesor se limitaba a explicar la historia de los sistemas más importantes, deteniéndose un poco en los que más le gustaban, pero sin aportar nada realmente personal. Esos profesores eran los que las universidades solían preferir. Pero a él lo que más le interesaba era la antropología.

Aparte y en su casa organizaba reuniones, a las que acudían los estudiantes peor vestidos y más descuidados —a veces de veras mugrientos—, y a ellos les daba su noción íntima de la realidad. Es decir, de *su realidad*, porque era de los que creían que la realidad (lo que se dice una realidad objetiva) no existía ni había existido nunca. Ese era el más frecuente error de los hombres a lo largo de la historia: esclavizarse a una cosa que no tenía razón de ser.

Sus conferencias —decía, con humor y vanidad— creaban *adiction*, como algunas drogas, y lo advertía como los farmacéuticos en las etiquetas de las medicinas. ¡Ojo, que producen hábito! Los estudiantes adictos lo eran cada vez más, ciertamente. Los había muy apasionados, pero no faltaban, como suele suceder, algunos escépticos y un cínico que se llamaba Laury. Solían reunirse en un bar que llamaban por el número de la casa en donde estaba: el 1-2-3. Un bar descuidado de apariencias, no muy limpio y nada lujoso. Allí iban muchos estudiantes, la mayor parte gente rica, porque la universidad a la que acudían era privada y cara.

Una universidad de veras liberal, donde profesores y alumnos se mezclaban y discutían de igual a igual. Tenía fama aquella universidad por su escuela de medicina —una de las mejores de Estados Unidos— y por sus departamentos de arte y letras.

En fin, la atmósfera del barrio era cómoda, aunque no faltaban en la noche accidentes e incidentes de todas clases, incluso a veces sangrientos. Era un barrio de negros. Pero al profesor Blacksen no le importaba. Estaba hacía tiempo curado de espantos y no creía en el dolor y no tenía miedo de la muerte. Esta era una parte de la vida, con la que había que contar. La antítesis. Y esperaba una síntesis, no sabía dónde ni por qué.

Sus estudiantes particulares (los del «hábito»), en cuanto asimilaban las primeras nociones de Blacksen, tampoco tenían miedo. Sólo tenían una especie de curiosidad creciente en la que entraban incluso las motivaciones secretas de lo excepcional.

Lo que hacía el profesor era lo que nadie había hecho antes. Se dedicaba a poner luces en la oscuridad del mundo del inconsciente individual, fuente de misterios y milagros. Si la vida misma es un misterio y un milagro y no hay en ella realmente nada racional, ¿por qué tratar de explicarla racionalmente? Por eso los gitanos le interesaban.

Él no trataba de explicar la realidad, sino solamente de poner luz en aquellos misterios. Luces congruentes, a veces, cuyos resultados se veían en una realidad que cada uno se formaba con ayuda del maestro. Y la realidad de cada alumno nada tenía que ver con la del otro. Eso era lo que más les apasionaba a todos. Lo malo era que entre ellos había algún que otro neurótico.

Una noche estaba el profesor solo en su confortable apartamento (cerca del campus) entregado a la solución de un enigma cuando apareció en la puerta, sin llamar, el conserje de la casa. Tenía, como tienen todos, una llave extra.

Y al ver al profesor se sintió culpable por no haber llamado a la puerta.

—Perdone, profesor.

Blacksen sonrió, afablemente:

—¿Por qué? Pase usted.

—Venía a vigilar el gas. A veces deja usted por distracción encendido el horno de la cocina, y luego la cuenta del gas sube demasiado. Los dueños me piden que vigile un poco. Creen que los profesores son distraídos.

Aquel *manager* —o conserje— era físicamente un tipo repugnante de veras. Tenía la piel amarillenta y flácida, llena de pequeños puntos purulentos (en cada poro parecía tener un foco de infección). Hablaba inglés con un acento extraño, que no era alemán ni francés ni español ni italiano. ¡Quién sabe de dónde vendría! Aquellos puestos de conserje se los daban a cualquiera, y generalmente a alguien que, ya maduro y casi viejo, estaba próximo a retirarse y a vivir de la beneficencia pública. También los daban por excepción a estudiantes pobres e industriosos (preferentemente casados), que llevaban su tarea muy bien, sin abandonar sus estudios.

El conserje se llamaba, o lo llamaban, Rey. Debía de ser Raymond, y por abreviatura decían sólo la primera palabra, que en inglés sonaba así: Rey. Al profesor Blacksen siempre le chocaba un poco. Había tratado de darle un lugar en su mundo propio, ya que lo veía cada día, y quiso ligarlo de alguna manera a los substratos de su inconsciente, pero no lo conseguía. Sólo podía ser lo que él llamaba un «tentativo», es decir, uno que va tanteando por un lado u otro hasta ver por dónde puede incrustarse en la vida de otro y hacerse su parásito moral.

No lo había logrado con el profesor después de varios años de intentarlo. Y decidió borrarlo del repertorio de sus relaciones: olvidarlo.

El profesor se había casado dos veces en los Estados Unidos y las dos mujeres le salieron con ínfulas masculinas y

querían tratar de obtener alguna clase de prestigio social de grandes hombres testiculares y ejecutivos. Como les faltaban las glándulas adecuadas, las dos habían fallado y con ambas se había hecho la relación incómoda, acabando por divorciarse. Afortunadamente, no habían tenido hijos.

Después del segundo divorcio se sintió más a gusto, pero había días de otoño o primavera, con escarcha en los cristales y luces eléctricas en la calle, en que no sabía qué hacer. «Si fuera una mujer —pensaba— lloraría y me sentiría mejor, porque hay una voluptuosidad en el llanto, pero soy hombre y no lloro».

Fue entonces cuando se dedicó ahincadamente a tratar de desarrollar una filosofía propia, que no lo era realmente, sino una especie de metapsíquica del mundo subyacente que la gente culta considera inerte, pero que de veras es el que determina la mayor parte de nuestras decisiones. Aquello enlazaba un poco con la antropología.

Lo cultivaba secretamente, porque muchas de aquellas verdades no eran fáciles de aceptar, y si alguno las rechazaba se convertía en lo que él llamaba un «injerente nefasto». Así, pues, elegía con cuidado a sus estudiantes. Había tres de ellos muy identificados con él, que hacían la mayor parte de aquella tarea.

Uno de los tres era un chico nacido en Inglaterra, pero criado en los Estados Unidos. Vivía de una pensión que su padre, ya viejo, le había puesto en un banco y le daba cada mes lo suficiente para vivir sin problemas, aunque sin lujos. Ese joven se llamaba Félix Turmer. El nombre tenía en alemán una diéresis, Türmer, pero al ser anglicado la perdió. Y quería decir algo así como torrero o *farero feliz*. Cosas que pasan con los nombres. De él había hecho el filósofo finlandés, sin darse cuenta, lo que él llamaba su «*gestur ubicuo*». Pero hay que explicar algo más para que nos entendamos con el pequeño pero profundo universo del profesor Blacksen, a quien acabaremos de conocer con una simple noticia que nada tiene de filosófica: era el presiden-

te del comité que iba a conducir y a aceptar o rechazar la tesis de Nancy. Tal vez por el lado de la antropología. O la lingüística.

Con eso está dicho cuanto puede decirse en favor del espíritu liberal del doctor Blacksen. No era que los gitanos le interesaran especialmente, pero sí la aureola de misterio y de brujería que los rodeaba. Blacksen, que sabía portugués y español —aunque un poco rudimentarios por haberlos aprendido entre los indios dakotas del Brasil y los navahós del sur de los Estados Unidos—, decidió conducir la tesis de Nancy. Aunque parezca una excentricidad. El doctor era considerado en el campus un «carácter».

Había que tener también en cuenta la agradable apariencia física de la muchacha y su natural inteligencia. Nancy no tenía nada de tonta, como hemos visto en la primera parte, aunque a veces las anfibologías de las palabras españolas que no conocía bien —su español era antes de ir a España más gramatical que coloquial— nos la presentan como una chica de una torpeza graciosa. La verdad es que al final de su tesis, y cualquiera que fuera el estilo que había usado en español, se veía que había adelantado muchísimo en sus conocimientos del idioma y que tenía a veces páginas enteras sin un error de sintaxis ni de sentido.

Un saborcillo anglosajón las hacía tal vez peculiares, pero incorrectas necesariamente. Se puede observar en el título mismo de la tesis: «El gitano como entidad frenética».

El profesor Blacksen era un hombre ya muy entrado en años y con curiosidades raras. Por ejemplo, un día estuvo hablando todo el tiempo que duró el seminario de una biografía novelada que se acababa de publicar sobre Gilles de Rays, el aristócrata francés que sacrificó en su tiempo hace ya cuatro siglos no menos de ochocientos niños a sus curiosidades de brujo. Yo era amigo de Blacksen, a quien encontraba a veces en el bar 1-2-3. Solíamos hablar de Lévi-Strauss, que estaba poniéndose entonces de moda. Blacksen lo había conocido en el Brasil.

Como suele suceder en estos casos, mucho de lo que dice Lévi-Strauss lo habíamos pensado casi todos antes en silencio. Por ejemplo, yo había creído siempre que tres o cuatro mil años son muy pocos para condicionar el cerebro de un hombre y cambiar su sensibilidad, por lo cual suponía que el hombre del alto neolítico y nosotros éramos más o menos iguales. Lévi-Strauss nos demuestra que hace quinientos mil años el hombre era lo que es ahora en lo que se refiere a la imaginación y a sus reacciones en soledad o en comunidad. Es decir, que tenía ya su «angustia existencial» y que los mitos que creaba tendían a compensarla y superarla de un modo más o menos heroico y más o menos sombrío.

Para que se interesara por los gitanos españoles, Blacksen tenía que tener una mente abierta a todos los horizontes. Por otra parte, había leído algunas cartas que yo le había mostrado de Nancy y declaró con cierta alegría bondadosa que aquella muchacha tenía talento literario.

En fin, que trabajaba el profesor a gusto con ella.

Sin embargo, las doscientas páginas que llevó consigo Nancy a su país después de su pintoresca y complicada aventura española eran (a pesar de lo que ella creía) sólo un borrador. Creo que es mejor ofrecerlo tal como lo trajo, porque lo esencial se entiende muy bien y lo que no es esencial tiene gracia.

El profesor Blacksen tenía, como dije, la manía de hablar de Lévi-Strauss. Se sentía feliz con el éxito del etnólogo en Francia (otra prueba de generosidad no demasiado frecuente entre profesores) y me decía: «El caso que nos ofrece Lévi-Strauss es fundamentalmente el de un hombre que, desviándose de los mitos tal como nos llegan hoy — ya hechos y rehechos y contrahechos—, ha tenido la oportunidad de estudiarlos en algunas sociedades primitivas, no lejos de las orillas del Amazonas, para llegar a conclusiones sorprendentes».

Y seguía, entre dos vasos de whisky: «A los mitos de hoy corresponden otros equivalentes en los tiempos que consideramos como la cuna de nuestras culturas. El hombre era entonces, con poca diferencia, lo que es hoy y, por ejemplo, la filosofía de Bergson y la de Freud y la de Jung tienen sus equivalentes —a veces con una terminología gemela— en el pasado más remoto.

»Es decir, el hombre más primitivo que nos es imaginable (tal vez el sinántropo) reaccionaba ante los misterios de la naturaleza y los peligros de la sociabilidad o de la soledad de la misma manera que nosotros.

»Ciertamente, ha habido terrores en el pasado más justificados que los de la bomba atómica, y esos terrores fueron superados. Los medios de superación no eran diferentes de los que tenemos ahora, y solían basarse en alguna fórmula. Las fórmulas de ahora son geométricas y algebraicas, y las de entonces eran mágicas. Pero a veces la eficacia era la misma y su sentido secreto —y hasta la terminología que usaban en el pasado— muy parecido.

»Dice Lévi-Strauss: Un viejo indio dakota me decía en el Brasil: “Todo lo que se mueve se detiene de vez en cuando. Así, Dios. Dios se detiene. El sol, la luna, las estrellas, los aires, los árboles, están fijos allí donde Dios se ha detenido”. Y el autor, Lévi-Strauss, cita luego a Bergson, quien dice: “Una gran corriente de energía creadora pasa a través de la materia y trata de obtener de ella lo que puede. En muchos lugares esa corriente se detiene. Y esas paradas y detenciones se convierten a nuestros ojos en la aparición de muchas especies vivas vegetales o animales”. La cosa es más compleja, según parece, sobre todo en lo que se refiere a los mitos y a su interdependencia o su relación con la creación humana».

Como se ve, las preocupaciones de Blacksen eran nobles y no dejaban de tener su justificación en el mundo académico, aunque se limitaba a tratar de ellas en sus seminarios domésticos y, por decirlo así, fuera de programa.

Allí acudía a veces, como digo, Nancy. No sacaba gran cosa en limpio, porque carecía de base cultural en aquellas materias, pero algo aprendía.

El título de su tesis era —ya lo he dicho— «El gitano como entidad frenética» y llevaba un subtítulo que intrigaba al profesor: «Percepciones internas». Él le aconsejó que lo suprimiera.

En fin, pasó el primer semestre sin pena ni gloria, revisando Nancy su mamotreto bajo la mirada tolerante y benévola del profesor. Y la mía, curiosa y divertida.

Incidentalmente, Nancy había reñido con su novio, Richard, primero porque este no había aprendido bastante español para hacerle las copias a máquina, y después porque no había sido seleccionado para el equipo de fútbol de la universidad, lo que decepcionó bastante a la muchacha.

A Richard las calabazas de Nancy no le hicieron gran impresión, porque, como solía decirle: «Tú estarás siempre enamorada del *grandee* de España». En esto no era Richard muy sagaz.